



Francisca

Luis Quintana*



*Aquel día ya no leímos más.
Dante. Divina Comedia.*

Mientras sopla aterrador el viento del infierno, Francisca trata en vano de no golpearse contra los otros condenados y mira a Paolo con cierto desdén, porque éste no cesa de llorar.

He aquí un drama eterno que Francisca comprende como si no fuera el propio, mientras recuerda los momentos del amor. Había nacido en una calurosa tarde italiana bañada por el Po. Había crecido indiferente y bella. Un capitán de la milicia del imperio había pedido su mano en una tarde de invierno. La prematura muerte de su padre impidió que esta boda se celebrara y Francisca quedó viviendo con su madre solitaria.

El tiempo pasaba con aquella carga de nostalgia imponderable y Francisca soñaba con remotas islas en brazos del amor imposible, del príncipe anhelado de tantas horas de postergación infinita.

...

Observo por un momento tan sólo el paisaje del océano profundo; veo la luz en medio de la oscuridad de cada atardecer; me ciega la esperanza de no poder ver más allá de esa misma luz; escribo como enfermo penitente, en fin, recuerdo a Francisca como

modelo perenne del pecado que no debió haberse cometido.

¿Por qué le dijiste al sonámbulo viajero –amada mía–, que era muy doloroso recordar el pasado feliz en presente de torturante realidad? ¿Por qué no le hablaste de mí, cándido amante que aguardaba en cada recodo del camino? Tu tristeza contagió hondamente al viajero infernal; pero su sufrimiento habría sido mayor de haber llegado a conocer toda la verdad.

¿Te acuerdas, en medio del torbellino, de aquella vez en que te pedí el beso callado que luego le diste al apasionado y lujurioso Paolo? Me hablaste del miedo que te inspiraba el deforme Lanciotto y dijiste que Dios nos podría castigar si violábamos sus reglas eternas.

Sinceramente, en tus brazos me tenía sin cuidado el castigo infinito. Cada momento que pasé junto a ti no lo cambiaría ni por un solo instante de la eternidad paradisiaca, adonde van los espíritus aburridos que únicamente gozan con la deiforme contemplación. Cada instante en tus brazos era como un inmenso océano de luz en donde navegábamos cándidamente tras la búsqueda del imposible. No cambiaría cada



uno de los momentos del castigo presente por olvidar tu imagen divina del ayer. Aunque se interrumpiera el nefasto ritmo de cada amanecer infernal y Ugolino abandonara su fatídico banquete; aunque el mundo total fuera mío, no lo querría sin tu presencia, Francisca; no lo querría sin tu voz suave que al perderse en el infinito reclama un castigo menor para todos los que han dejado de ser en esta vida por amor.

Todavía recuerdo con profunda convicción de qué manera se impuso en mí el símbolo eterno de tu luz. Porque tú eres luz en medio de la oscuridad inmensa del proceloso recinto. Tú eres la esperanza de los enamorados que se entregan al dios sublime y que no conocen la resignación o el abandono. Eres la prolongación perfecta de cada rasgo de humanidad. Hundes tus raíces en la bella carne y te sientes feliz por disfrutar en el *carpe diem* de tu vida cada minuto, cada instante que se proyecta infinito.

Si Pío Cigale hubiera leído los versos del florentino no creo que hubiera podido olvidar aquel decir tan hermoso: “No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria”; él lo sabía más que ninguno cuando recostado en su lecho de muerte aún recitaba a Tabaré.

¿Cuál no habría sido la perturbación de Juan de Dios perdido en el laberinto lúdico de su casa llena de locas amantes!

¿Por qué Mario Campsa no te conoció antes de conocer a la bella Adriana? ¿Por qué no te poseyó en ademán de lujuria en el tórrido paisaje de la Edad Media soñada?

¿Por qué Domínguez no fue tras de ti para tratar de descubrir en lugar de la figura grotesca de la Ñata algo mejor?, y ¿por qué Marcos no levantó la copa báquica para brindar por tu eternidad sublime?

En fin, llego a creer que Mariano te habría dedicado una distraída oración ante tu eternidad sin mancha; te habría pedido autorización para celebrar tu memoria divina.

¡Divina e imperturbable Francisca! Tú vives en cada uno de mis personajes, tú hundes tus raíces de fémina traicionada en todos ellos.

Le das al adolescente Luis Mario el espacio de un sórdido lupanar para que pueda pensar que la vida es mucho más que eso.

Llevas de la mano al pobre Bologna, lo conduces hacia otro infierno semejante al tuyo.

Le dictas versos serenos en medio del alcohol a don Pío Cigale y juegas con los espejos de Juan de Dios quien ya no sabe si eres realmente la Francisca de sus sueños, si eres Andrea o Luisa Fernanda. El pobre amante quisiera atraparte en su corazón porque poseerte es igual a poseer el amor perfecto.

Te escondes en la librería de Leobardo; reapareces entre sus símbolos homéricos más queridos; le dictas al oído santas procacidades que alguna vez le oíste decir a Lanciotto.

En fin, sonrías conmigo cuando hablo del obispo ginecólogo y te niegas a entrar al consultorio del doctor Loria, porque ya no tienes confianza en hombres como él.

Se apaga lentamente la tarde. Los gritos de tantas almas que te rodean inundan el paisaje de ese día. No puedo pedirte que te quedes conmigo; sólo prométeme que regresarás en los momentos más vitales de mi existencia.

Prométeme ser fiel a la consigna del amor como lo has sido hasta ahora.

Prométeme vivir a pesar de la muerte. Prométeme triunfar sobre las sombras inauditas del Hades nuestro de cada día.